

**SILVANA DI CAMILLO**

*Universidad de Buenos Aires  
Universidad Católica Argentina  
Buenos Aires - Argentina  
sdicamil@filo.uba.ar*

## **Finalismo y necesidad en *Física* II, 8 y 9 de Aristóteles**

Me siento muy honrada por la invitación a participar de este número de la Revista *Sapientia* en homenaje a la querida Laura Corso.<sup>1</sup>

Tras constituir el Grupo de Estudios Aristotélicos, invité a Laura a participar en la conferencia inaugural del ciclo. Ella aceptó muy generosamente y su conferencia “Finalismo de la naturaleza de tradición ciceroniana” fue comentada por el gran especialista en Aristóteles, Alejandro Vigo.<sup>2</sup>

En su conferencia, tan clara como documentada en las fuentes platónicas y estoicas, Laura Corso subrayó la

---

<sup>1</sup> Conocí a Laura cuando ella apenas contaba con unos 19 o 20 años, en que dictaba clases de teología en mi colegio secundario para ayudar a costearse sus estudios de Filosofía en la UCA. Como yo cursaba el Perito Mercantil, la filosofía no formaba parte de mi plan de estudios. Por eso fue Laura mi único modelo en la disciplina y no podía ser mejor. Ella tenía siempre respuestas a mis infinitas preguntas y así fue decisiva en mi elección de la carrera universitaria. Volví a encontrarla muchos años después, cuando ella obtuvo la beca de perfeccionamiento en CONICET y desde entonces cultivamos la mejor de las amistades, la de procurar el bien una a la otra. Mi respeto y admiración fue creciendo con los años; más aún mi gratitud.

<sup>2</sup> La conferencia fue grabada y puede verse en <https://www.youtube.com/watch?v=XQibKsJfMrg>

organicidad del pensamiento de Cicerón, que conlleva una teoría de la realidad en su conjunto (finalismo de la naturaleza), proyectada en una filosofía del hombre y vertebrada en una filosofía práctica. Desgajar su teoría de la ley natural de su concepción metafísico-antropológica de la naturaleza y de la razón, argumentó, conduce a desvirtuaciones. Laura explicó que la naturaleza es portadora de un contenido que ha sido sembrado, una cierta fuerza con poder motivo y perfectivo, del que procede el derecho. Lo que se halla diseminado en la naturaleza del mundo es la recta razón, que es ley divina. Dado que la naturaleza lleva ínsita una racionalidad de procedencia divina que prescribe como ley, tal racionalidad se proyecta en el plano de la racionalidad humana confiriendo al hombre la actitud de develar en su interioridad su realidad y su contenido, por lo que se proyecta en el plano práctico y jurídico. El derecho, en tanto obra humana, concluyó, solo puede encontrar su origen y sustento en esta ley natural.

Alejandro Vigo, en su comentario, señaló acertadamente que Aristóteles no es un teórico de la ley natural y que mientras que en Cicerón hay una noción de naturaleza en sentido totalizador, en Aristóteles se halla un sentido distributivo, es decir, se trata de la naturaleza *de* cada cosa particular.<sup>3</sup>

En lo que sigue me propongo desarrollar algunos apuntes acerca de la conexión entre naturaleza, finalidad y necesidad en Aristóteles, a través de un comentario de *Física II*, 8 y 9.

---

<sup>3</sup> Para la noción de naturaleza en Aristóteles, me permito remitir a mi artículo de 2021, <https://rlcif.org.ar/index.php/RLF/article/view/191>, especialmente las páginas 320-323.

El conocimiento científico es para Aristóteles un conocimiento causal o, si se quiere, explicativo. La ciencia natural, la Física, debe entonces explicar los fenómenos de la naturaleza. Aristóteles se siente heredero de una larga tradición que intentó explicar la totalidad del universo a partir de algunos cuerpos básicos y de sus propiedades. Pero Aristóteles no se contenta con la explicación del mundo a partir de sus elementos, pues es desde su punto de vista una explicación parcial o insuficiente. Para él, la Física debe considerar una pluralidad de causas, cuatro tipos de causa. Así, por ejemplo, en el caso de la materia su poder explicativo consistirá en ser aquello a partir de lo cual algo se genera y que, a su vez, permanece al final del cambio. Sin embargo, ella no explica lo que un objeto sustancial es actualmente, sino solo lo que podría ser. El principio que da cuenta del ser actual de la cosa es su forma, el rasgo común a una multiplicidad de objetos que pertenecen a la misma especie y que se expresa en su definición. A su vez, estos dos principios no son capaces de explicar el desencadenamiento de un movimiento, pues para ello es necesaria la intervención de un agente o causa motriz, que es el origen del que procede la forma específica del objeto generado.<sup>4</sup> La causa final, a su vez, tendría un papel distinto en la explicación e ilustraría el para qué. Llama la atención cómo Aristóteles combina, sin dificultad y sin mayor explicación, la noción de fin con la de bien (“aquello para lo cual, es decir, el bien”, *Metaph.* I, 3, 983a 31-32). Esto es así porque el fin no es solo el término extremo de un proceso, sino el término óptimo de un desarrollo continuo

---

<sup>4</sup> Cfr. Vigo, A., *Aristóteles. Una introducción* (Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2006), 76.

(*Phys.* II, 2, 194a 33-34). En el proceso de generación, el fin no es la muerte del ente natural sino su estado óptimo o de madurez. En los capítulos finales de *Física* II, Aristóteles muestra qué aspectos de la naturaleza y su devenir se oscurecen si prescindimos de la finalidad. Como veremos, la causa final será la clave para comprender las estructuras organizadas que operan dentro del mundo natural y por qué ellas son buenas para el ser vivo, aunque siempre haya un margen para el error y la indeterminación.

Es en *Física* II 8, donde Aristóteles argumenta que la *phýsis* es también causa en el sentido de fin.

En el planteo inicial (198b 10-13), Aristóteles propone dos cuestiones:

- 1) ¿Por qué la naturaleza cuenta como causa final? (cap. 8);
- 2) ¿Cómo se encuentra la necesidad en las cosas naturales? (cap. 9).

Una lectura superficial podría tomar estas preguntas como la formulación del dilema entre teleología y necesidad. Sin embargo, la segunda pregunta supone la existencia de la necesidad como un hecho admitido por Aristóteles y sus rivales. Por tanto, no se trata de discernir si la necesidad existe o no, sino del modo en que se da en los entes naturales. Este planteo tiene la finalidad de mantener conectados los capítulos 8 y 9, donde Aristóteles enfrenta el problema de la finalidad y de la necesidad en el devenir natural. De ellos se infiere que el ámbito de la naturaleza presenta un devenir teleológicamente ordenado y que la finalidad limita a la necesidad, la cual no desaparece del ámbito natural sino que encuentra un justo lugar.

En el capítulo 8 la cuestión de la finalidad es encarada a partir de la posición de los filósofos

presocráticos para quienes la necesidad detenta la única explicación. Y nos ofrece el ejemplo de la lluvia, cuyo proceso es necesario (el agua se calienta, se eleva, se enfría y luego cae). Pero de tal causa necesaria deriva un efecto que es casual: “sucede” que el grano crece. Análogamente, si el grano se pudre a causa de la lluvia, no ha llovido para que el grano se pudriera sino que “sucedió” que, por efecto de la lluvia, el grano se pudrió.

A este primer ejemplo, Aristóteles agrega un segundo, el de los dientes (198b 23-29), y se pregunta si en este caso no sucederá lo mismo, que esas partes de la naturaleza se originaron también por necesidad y que es solamente casual que los dientes incisivos sirvan para cortar y los molares para aplastar. “La misma pregunta se puede hacer también sobre las otras partes en las que *parece* haber un fin” (27-29).

Aristóteles escribe “parece” (*dokēi*) planteando la cuestión de si el devenir ordenado finalísticamente es solo apariencia, si somos nosotros, arbitrariamente, que atribuimos un significado teleológico a un devenir que es, en cambio, solo necesario. Según esta tesis mecanicista, no hay causa final de las diferentes partes que conforman un animal y se apela solamente a la materia y sus propiedades para dar cuenta de las generaciones.

Aclarada la posición mecanicista, Aristóteles dirige el primero de cuatro argumentos a favor del finalismo natural:

Este es el argumento, u otro similar, con el que se nos quiere poner en dificultad; pero es imposible que sea así. Porque las cosas mencionadas, y todas las que son por naturaleza, llegan a ser siempre o en la

mayoría de los casos, lo que no sucede en los hechos debidos a la suerte o a la casualidad (198b 32-36).<sup>5</sup>

Aristóteles dice que las cosas no pueden suceder como sugieren los mecanicistas. Porque todas las cosas que son por naturaleza devienen de un modo determinado siempre o la mayoría de las veces, mientras que ninguna de las cosas que derivan de la suerte o de la casualidad deviene siempre o en la mayoría de los casos de un modo determinado.

El argumento se basa en el presupuesto según el cual los entes naturales se generan o bien por azar o bien en virtud de un fin. Con G. Rossi,<sup>6</sup> podríamos sistematizarlo así:

- 1) Las partes de los animales y los entes naturales se generan de un mismo modo siempre o en la mayoría de los casos.
- 2) Ninguna de las cosas que se dan por azar se dan de este modo (ejemplo del clima).
- 3) Los entes naturales se generan por azar o en virtud de un fin (disyunción excluyente).
- 4) Por lo tanto, solo queda la segunda opción: los entes naturales se generan en virtud de un fin, en vistas de algo.

En este primer argumento se pone el acento en el carácter excepcional del azar frente a la regularidad de los procesos naturales.

---

<sup>5</sup> Las referencias a la *Física* siguen la traducción de Guillermo de Echandía, Madrid: Gredos, 1995.

<sup>6</sup> Rossi, G., *El azar según Aristóteles* (Sankt Augustin: Academia Verlag, 2011), 73.

La contraargumentación de Aristóteles es que el oponente no puede explicar por qué los dientes crecen regularmente como lo hacen: filosos en el frente y anchos atrás. Además, como esta configuración es apropiada para cortar y para masticar la comida, el oponente debería poder explicar la conexión regular entre la formación de sus dientes y el beneficio para el animal. En otras palabras, decir que los dientes crecen por necesidad material y que esto es bueno para el animal por azar es dejar sin explicar la conexión regular entre el crecimiento de los dientes y las necesidades del animal. Aristóteles suele ofrecer la causalidad final para dar cuenta de esta conexión regular: los dientes crecen de esta manera para cortar y masticar la comida y esto es bueno para el animal.

Al evaluar el argumento, D. Bostock señala que podríamos admitir que las regularidades de la naturaleza no pueden producirse por azar, pero los oponentes materialistas de Aristóteles no quieren decir que ellas se produzcan así. Tal vez invoquen el azar en algún punto, pero también invocan la necesidad y desde su punto de vista esta necesidad es la que da cuenta de la regularidad. Podría bien ser que las regularidades naturales siempre parecen ser dirigidas a un fin, pero lo que Aristóteles tiene que mostrar es que esta apariencia no pueda ser generada por la obra de la necesidad (como se ilustra en el caso de la lluvia).

Desde el punto de vista materialista, las leyes por las cuales el universo opera no prestan atención alguna al bien y la utilidad. Ellas sí aseguran que haya muchas regularidades en la naturaleza, pero uno esperaría que solo algunas de estas regularidades fueran útiles (por azar) y otras no. Sin embargo, lo que apoya la tesis de Aristóteles es que haya tantas regularidades que son útiles para la planta o animal. ¿Cómo puede explicarse este hecho en términos materialistas? Dicho de otra manera, lo que es

difícil de explicar no es la ocurrencia aislada de este u otro rasgo útil que ocurre siempre de la misma manera y siempre útilmente. Es más bien el hecho de que prácticamente todas las partes del animal están ordenadas como para ser beneficiosas al animal.<sup>7</sup>

El segundo argumento (199a 8-20) se apoya en una analogía entre naturaleza y arte. Aristóteles parte del hecho de que la finalidad está presente en el ámbito de las producciones artísticas o técnicas. Ella se manifiesta en la secuencia ordenada de operaciones que un artesano sigue para realizar un artefacto. El modo en que esta operación se cumple (es decir, el carácter ordenado y secuencial) es análogo al que se da por naturaleza en el caso de los entes naturales. Por tanto, si las operaciones del arte son en vistas de un fin, y si los procesos naturales presentan una dinámica de desarrollo similar, entonces son también ellas de tipo teleológico. La analogía está confirmada por el hecho de que el arte lleva a cumplimiento lo que la naturaleza ha sido incapaz de producir y la imita en su operar. Pero debe subrayarse que la producción técnica es teleológica en virtud de que la generación natural es teleológica, dado que la natural es su modelo, y no viceversa.

En suma, en el primer argumento, Aristóteles se valió del siempre o la mayoría de los casos en contraposición al devenir casual para mostrar que los fenómenos mencionados encajan en el ordenamiento teleológico y, tras subrayar que tales fenómenos son naturales, concluye que el devenir natural está teleológicamente ordenado.

---

<sup>7</sup> Bostock, D., *Space, Time, Matter, and Form* (Oxford: Clarendon Press, 2006), 51-53.

En el segundo argumento, Aristóteles se vale de la analogía naturaleza/técnica para mostrar que la producción técnica está teleológicamente determinada y, dado que la producción técnica tiene como modelo a la generación natural, la consecuencia es que hay finalismo también en la generación natural. En ambos, la conclusión es siempre la misma: hay finalismo en el devenir natural.

Un tercer argumento (199a 20-32) apunta a que el finalismo puede observarse en los animales diferentes del hombre, los cuales no actúan ni por técnica ni por intención ni por deliberación: la tela que teje la araña, la construcción del nido por parte de las golondrinas. Además, también en el caso de las plantas se producen fenómenos acordes al fin: por ejemplo, las hojas tienen por fin la protección del fruto y las raíces se dirigen hacia abajo en vista de la nutrición. Algunos se preguntan si tales fenómenos se deben a la inteligencia o a alguna otra causa de este tipo. Pero en realidad se trata de procesos que suceden por naturaleza y que son en vistas de un fin, que es su conservación, justamente por ser naturales. Así, ser naturales significa ser causado por la naturaleza y causado por la naturaleza significa teleológico.

El cuarto argumento (199a 33 - 199b 7) apela a los errores técnicos y de la naturaleza. Una producción técnica correcta sucede en vista de un fin. Cuando en cambio el proceso no concluye con el resultado esperado, esto significa que, aunque existiendo una causa final, el *télos* no se ha alcanzado a causa de un error. Análogamente, en el ámbito de los fenómenos naturales, los monstruos (*térata*) son el resultado de errores que se dan en el logro del fin. Que la naturaleza sublunar no presente una regularidad perfecta, análoga a la de los fenómenos celestes, no excluye por tanto el carácter finalístico, del mismo modo que la posibilidad de errores en la producción de un artefacto no

excluye que el artesano haya operado en vista de un fin. Los fenómenos naturales sublunares, de hecho, se verifican en la mayoría de los casos (*epì tò polý*), lo que significa que la regularidad de la naturaleza sublunar no es absoluta, sino que admite excepciones. De la existencia de tales excepciones, sin embargo, no es legítimo inferir que tal naturaleza no sea finalística. Más aún, también los *térata*, es decir, los organismos anómalos que no se dan ni siempre ni la mayoría de las veces, son el resultado de un proceso finalístico, el cual ha sido obstaculizado por algún impedimento en la realización del fin. Este argumento sirve para precisar que los *térata* no constituyen válidas y eficaces pruebas contra la existencia de la teleología natural. Tanto los artefactos imperfectos como los *térata* son el resultado de procesos teleológicos que a causa de algún impedimento no han concluido con el propio fin.

En este punto Aristóteles tiene ya el cuadro completo y puede extraer conclusiones:

Pero quien habla así suprime enteramente la naturaleza y lo que es por naturaleza; pues las cosas por naturaleza son aquellas que, movidas continuamente por un principio interno, llegan a un fin; el fin no es el mismo para cada principio, ni tampoco se llega fortuitamente a cualquier fin desde un determinado principio, sino que desde un mismo principio se llega a un mismo fin, si nada se lo impide (199b 14-18).

Los entes naturales están dotados de un principio interno –que es la naturaleza– del cual proviene un movimiento continuo, que es un proceso que conduce hacia un fin determinado. Así, por ejemplo, el semen humano tiende siempre hacia la generación del hombre, si nada lo impide. Del mismo modo, de la semilla de olivo no se

generará un álamo ni cualquier otra planta al azar, sino solo algo determinado: el árbol de olivo.

Aristóteles concluye el capítulo sosteniendo que no es legítimo negar la finalidad natural solo porque no se basa en la deliberación.

Es absurdo no pensar que las cosas llegan a ser para algo si no se advierte que lo que efectúa el movimiento lo hace deliberadamente. (...) Así pues, es evidente que la naturaleza es una causa, y que lo es como causa que opera para un fin (199b 26-33).

Cuando Aristóteles afirma que es absurdo no creer en el carácter teleológico de la naturaleza solo por el hecho de que no podemos observar al sujeto que obra como consecuencia de una deliberación, nos está diciendo que el dominio privilegiado de la explicación causal a través de la causa final es el de las acciones y el de las producciones humanas.

Mientras que los antiguos físicos han ignorado la causa final, recurriendo al contrario solo a las causas materiales y eficientes, Platón había dado ejemplos de causalidad final vista como el bien inmanente a la acción humana o como una perfección que constituye el orden del universo, pero debida a la acción de un agente externo (el demiurgo).

Si recordamos aquí la diferencia entre artefacto y ente natural que Aristóteles traza en *Física* II 1<sup>8</sup>, claramente a sus ojos la posición de Platón atribuye al mundo natural

---

<sup>8</sup> Los entes naturales tienen en sí mismos el principio de movimiento, mientras que el artefacto se genera por la intervención de un sujeto exterior (Cf. *Phys.* II 1, 192b 8-37; *Metaph.* XII 3, 1070a 7-8).

el finalismo propio del ámbito artificial. Por eso, él muestra, sobre la base de la estructura de la naturaleza, que el finalismo es algo *inmanente* a la naturaleza y que además la naturaleza misma es causa final.

Pero como es consciente de que en la opinión común, y en la de los filósofos anteriores, la causa final es considerada típica de la esfera ético-política y de la técnica, siente la necesidad de subrayar que es absurdo negar la finalidad de la naturaleza solo porque no se ve deliberar al principio motor, es decir a la naturaleza misma.

Así, pues, la relación que Aristóteles establece entre finalidad y necesidad distingue a su física respecto de la platónica y de la mecanicista.

En el capítulo 9 del libro II de la *Física*, Aristóteles atenderá a la segunda cuestión planteada en el inicio del capítulo 8: la ubicación y dimensión justa de la necesidad en el mundo de la naturaleza.

En *Física* II 8, Aristóteles había criticado las teorías según las cuales los entes naturales son el resultado necesario de procesos determinados exclusivamente por la materia y sus movimientos. Después de haber refutado tales teorías y de haber demostrado la tesis de la teleología natural, en el capítulo 9 Aristóteles retoma la cuestión de la necesidad con el objeto de establecer qué tipo de necesidad es la que está presente en la naturaleza y qué papel ocupa en el cuadro general de la causalidad.

La pregunta se explicita al inicio del capítulo 9:

En cuanto a lo que es por necesidad, ¿lo es sólo condicionalmente o puede serlo también en sentido absoluto? (199b 34-35)

Nótese que no se trata de discernir si la necesidad existe o no (su existencia se da por sentada) sino del modo en que se da en los entes naturales.

Después de plantear el problema, como una alternativa entre dos tipos de necesidad -la necesidad hipotética y la necesidad absoluta-, Aristóteles procede proporcionando una exposición sintética de la teoría de los antiguos físicos, que parece tener la función de ilustrar el concepto de necesidad absoluta (199b35-200a 5). Sobre la base de estas teorías, los entes naturales se forman por necesidad, y el proceso de generación está determinado exclusivamente por los elementos materiales, es decir por las propiedades de las que están dotados y por los movimientos que cumplen por su propia naturaleza. Así, el muro se produce por el hecho de que las cosas pesadas por naturaleza se dirigen hacia abajo mientras que las más ligeras hacia arriba.

A continuación, Aristóteles dirige su crítica a esas teorías:

Sin embargo, aunque el muro no pueda ser hecho sin esas cosas, no fue hecho por causa de ellas (excepto como materia), sino para proteger y preservar ciertas cosas. Análogamente en todos los demás casos en los que hay un «para algo»: nada podría ser hecho sin cosas que tengan la naturaleza necesaria para ello, pero no es hecho por causa de ellas (excepto como su materia), sino para algo (200a 5-10).

Así como explicar la generación de las cosas mediante una necesidad absoluta es ridícula, Aristóteles subraya que esto no significa excluir en la explicación a la necesidad, en tanto el muro no podría producirse sin los materiales, que están dotados de una naturaleza necesaria.

Esto no implica que tales materiales sean la única causa del objeto, el cual se genera en vistas de algo, es decir según un proceso teleológicamente ordenado.

Aristóteles excluye así la necesidad absoluta en el devenir natural pero admite una necesidad relativa, la llamada necesidad hipotética, que se aclara con el ejemplo de la sierra.

Por ejemplo: ¿por qué una sierra está hecha así? Con vistas a esto y para esto. Pero aquello para lo cual se ha hecho no se puede cumplir si no está hecha de hierro. Es pues necesario que sea de hierro, si ha de ser una sierra y cumplir su función. Luego lo necesario es necesario condicionalmente, pero no como fin; porque la necesidad está en la materia, mientras que el fin está en la definición (200a 10-15).

*Si* tiene que haber una sierra con sus funciones (hipótesis) entonces la sierra debe ser de hierro (material necesario).

Así, para Aristóteles los entes no son el resultado de causas materiales necesarias. No puede apelarse a la sola necesidad asociada a la materia para dar cuenta de las generaciones. A su juicio, la necesidad está presente en la naturaleza solo en el sentido de que ciertas condiciones son necesarias si un cierto resultado debe producirse (necesidad hipotética) y no en el sentido de que de ciertas condiciones se sigue un cierto resultado (necesidad absoluta).

La necesidad afecta a la materia mientras que el fin para el que la materia debe ser de una cierta clase yace en la forma que debe realizarse. En los procesos naturales se va desde el fin a sus precondiciones. Si el fin debe alcanzarse, las precondiciones deben ser tales y tales; y si estas no están presentes, el fin no se da.

En términos formales, tendríamos lo siguiente, donde M es la materia y F el fin:

*Si  $M \supset F$  (necesidad absoluta)*

*Si  $F \supset M$  (necesidad hipotética).*

*La necesidad hipotética refiere a lo que resulta necesario supuesto un fin. La necesidad hipotética parece incluir no solo la materia del ente natural sino además las etapas necesarias en el proceso de generación e incluso el orden en que tales etapas se suceden (cf. *De Partibus animalium* I, 639b 21 y ss.).*

El hecho de que la materia sea precondition del fin podría hacer pensar en un condicionamiento recíproco. Sin embargo, Aristóteles subraya la prioridad del fin en *Física* II 9:

Así pues, si se quiere que haya una casa, es necesario que sean hechas ciertas cosas o se disponga de ellas o sean, o en general exista la materia que es para algo, como los ladrillos y las piedras si ha de ser una casa. Pero el fin no es por causa de estas cosas, excepto como su materia, ni la casa llegará a ser por causa de ella (200a 24-27).

El fin (la casa) no es a causa del material (ladrillos y piedras) sino como su materia, es decir como soporte para su realización. Las condiciones materiales son los soportes, son los medios para la realización del fin. Aristóteles establece una cierta primacía de la finalidad sobre la necesidad en el mundo natural (200a 30 - 200b 4).

También en *Física* II 2, Aristóteles había señalado que el físico debe atender tanto a la forma como a la materia. Aquí, en *Física* II 9, Aristóteles va a atender a la materia en los procesos naturales, que no es descartada como causa capaz de dar cuenta de la generación de los entes naturales, sino más bien subordinada a la forma como

causa final del ser vivo. El fin es causa de la materia, pero la materia no es causa del fin, con lo que Aristóteles subraya la primacía del fin por sobre la materia en las generaciones<sup>9</sup>.

Para concluir, digamos que la teleología le permite a Aristóteles explicar las conexiones entre estructura y función, al hacer que la finalidad sea un componente necesario en cualquier explicación de la regularidad estructural del mundo natural, aunque no lo hace a expensas de la explicación material: los fines de la naturaleza solo pueden realizarse en tipos particulares de materia apropiada, que son hipotéticamente necesarias para estas realizaciones.

Si bien acuerda con Platón en que una explicación mecanicista que se valga solo de causas materiales no podrá explicar el desarrollo de estructuras complejas, rechaza la apelación platónica a una inteligencia ordenadora, a la figura del demiurgo, el artesano divino responsable de la generación de los entes naturales y de la preservación del orden natural. A su juicio, Platón ignora la clara distinción entre naturaleza y técnica y aplica la causalidad técnica al ámbito natural. Dada la neta distinción que Aristóteles estableció en la *Física* entre entes naturales y artificiales, basada en la presencia de un principio interno de movimiento en los naturales y la necesidad de un principio externo en los artificiales, se comprende que la figura del demiurgo introducida en el *Timeo* es a sus ojos una ilegítima transposición al ámbito natural de la necesidad de un principio externo propia del ámbito artístico y, por lo tanto, está injustificada.

---

<sup>9</sup> G. Rossi (2011: 76-77) ofrece una interesante explicitación de los diversos sentidos en que el fin o forma es causa de la materia.

Así, Aristóteles encuentra una vía media entre ambas tesis extremas y sostiene una posición que se funda en la noción de naturaleza, pero como un principio *interno* del cambio, de carácter formal-final, que conduce a los seres vivos hacia su madurez organizando sus elementos materiales en una estructura adecuada. Dado que la naturaleza de las cosas es intrínseca a ellas, Aristóteles no tiene necesidad de apelar a una inteligencia ordenadora exterior a la naturaleza misma, pero deja entrar el mecanicismo en el hecho de que hay una materia que es hipotéticamente necesaria.